



APRENDÍ A AMAR MI CABELLO

Stefanya Cadavid Ayala*

Sara Candela Montoya**

*Estudiante en etno-educación y activista afro-antioqueña.

**Estudiante de doctorado del GRENAL de la Universidad de Perpignan.

Mural, Girardota, Antioquia. Foto Julián Ciro.

Desde la época colonial, el imaginario colectivo de la sociedad colombiana, y en particular de la antioqueña, se ha construido y consolidado en parte a través de ideas y preconceptos racistas, machistas y homofóbicos. Ya sea de forma consciente o inconsciente, una gran parte de los habitantes de Medellín, sin importar el género, el color de piel o la clase social, ha compartido por siglos este tipo de ideas y las promueve por medio de dichos, bromas, piropos, la música y los medios de comunicación.

“La pureza de la raza blanca” de la población es uno de esos mitos que ha intentado borrar las raíces indígenas y africanas, presentes en la genética y psique de muchos antioqueños, por ejemplo, en la vereda San Andrés, de Girardota. Este imaginario pigmentocrático, que jerarquiza a los individuos por su tono de color de piel y opaca linajes ancestrales valiosos, también suele entrecruzarse con el antiquísimo imaginario de género en el que la mujer ha sido históricamente construida bajo la famosa dicotomía “virgen versus puta”. En esta tradición, las mujeres negras suelen construir sus identidades en medios sociales a menudo hostiles e hirientes, atravesados por múltiples y simultáneas violencias físicas y simbólicas.

La población de la vereda San Andrés es mayoritariamente afrodescendiente muy probablemente desde el siglo xvii, cuando se instalaron los primeros caseríos de colonos y trajeron a africanos esclavizados principalmente de Guinea, Angola, Congo y Cabo Verde, para someterlos, junto a la población nativa Nutabe ya en agonía, al trabajo forzado agrícola y minero. Tras la abolición de la esclavitud en 1851, los nuevos libertos decidieron quedarse y cuidar de la vereda, definida poco después de la constitución de 1991 como un territorio afrodescendiente antioqueño. Su población sigue perpetuando tradiciones y costumbres afro-andinas tal como el sainete, la interpretación de instrumentos musicales de cuerda y la preparación de la panela en los trapiches.

¿Cómo ves a esa niña que fuiste y cómo empezó a construir su identidad?

Desde muy pequeña sentí esa diferencia. Yo siempre era diferente por mi tono de piel, por mi cabello. De hecho, desde la guardería todo el tiempo me decían despectivamente “negra”. Yo era una niña y me preguntaba ¿por qué ese rechazo? Siempre lo sentí mucho más por parte de los niños, de los hombres, que de las niñas. Luego en el colegio, donde también el racismo es muy fuerte, me empezaron a decir “negra chocoana”. Yo no sabía en dónde era el Chocó, no tenía idea. Nunca crecí verdaderamente con una herencia afro, siempre me sentí antioqueña. Por ejemplo, mi familia es completamente antioqueña en cuanto a la cultura, a la gastronomía, a la manera de expresarse y de vestir.

Todavía hay mucho racismo. Se escuchan comentarios cuando vas por la calle. Por ejemplo, los taxistas te gritan: “¿Hey negra, necesitas taxi?”. No falta el comentario clasista: “No usted así, seguro va para un barrio popular”. A veces algunos hombres dicen: “Yo con una mujer afro no me meto”. Y paralelamente está aún muy vigente ese estereotipo de “la mujer afro caliente”. Las personas negras son en general asociadas a cosas negativas. Si eres una persona negra serás más propensa a ser adjetivada de “ladrona”, “menos honrada”, “pobre”, “no profesional”. También están esos clichés culturales que limitan a los afro-colombianos a ser cantantes, bailarines, deportistas, es decir siempre lo folklórico, la bulla, el lugar común.

La existencia de la vereda San Andrés desmonta “la pureza de la raza blanca”. En ese sentido, ¿qué piensas del término afro-antioqueño o afro-paisa?

Yo siento que no está mal. De cierta manera ahí se puede generar un reconocimiento, por ejemplo: bueno es que los paisas no son solo el estereotipo tan marcado del hombre y la mujer blancos-mestizos, sino que también hay personas afro, y que son de aquí de Medellín desde hace muchísimas generaciones. Es mi caso. Es el caso de mi papá, de mis abuelos y de la población sanandresana de Girardota. Sin embargo, hay una pregunta que me hacen mucho: ¿De dónde sos? Siempre me atribuyen que soy de Cartagena o del Chocó, pero nunca que soy de aquí de Medellín o de Girardota y que vengo de una familia antioqueña. Pienso que es muy importante desdibujar el tema de que los afros solo están en el Pacífico y en el Caribe. Hay afros, y también indígenas, en todos los territorios del país. Colombia no es un país de “blancos”, es evidente que hay un mestizaje en todas partes.

Aunque te auto-definas afro-colombiana, ¿no crees que también eres mestiza y que en realidad esos dos términos no son incompatibles?

El auto-reconocimiento de las mujeres negras suele pasar por un proceso sincero y consciente de aceptación de los rasgos afro, del color de piel, de la nariz y particularmente del cabello crespo. ¿Cómo has vivido esa imposición social que te exige blanquearte para que haya quizá más aceptación?

Yo me auto-reconozco como mujer afro, porque mis raíces son más negras, pero soy consciente que no soy afro en mi totalidad. Sé que soy también una mujer mestiza en muchos sentidos. Por ejemplo, por parte de la familia de mi mamá hay un mestizaje muy marcado. También, desde el punto de vista espiritual, mi familia y yo practicamos la medicina ancestral del yagé, que es una espiritualidad indígena, del Putumayo. Entonces es fundamental reconocer la mezcla, quitar todos esos estereotipos, desaprender y desestructurarse.

Cuando yo tenía dos o tres años, a raíz de la muerte de mi abuela paterna, hubo un alejamiento de esa raíz afro. Fui criada por mi abuela materna. Ella es una mujer mestiza y no tenía conocimiento del tema afro. Cuando yo era pequeña, como mi pelo era crespo, mi abuela y mi tía no sabían manejarlo. Solían cortarme el cabello muy corto, casi tuso. Fue algo que me marcó mucho, algo violento. Cuando recuerdo esto me dan ganas de llorar. Muchas veces quise no tener este color de piel, me sentía mal. No tuve un referente para amar mi piel y mi cabello. Nunca me dijeron: “Tu cabello es hermoso, tienes que querer tu cabello, tu color de piel, te tienes que querer”. Más tarde, en el colegio, nunca me atreví a soltarme el cabello, jamás. Hasta que entré al bachillerato. Yo era la niña con la piel más oscura del salón, y seguía el otro estereotipo de mis compañeras, que debían ser peli-lisas, con la piel clara. Empecé a lisar mi cabello desde los trece años hasta hace poco. Hay muchos estigmas alrededor del cabello afro. Que es sucio, desordenado, feo. Que huele mal o que no se puede manejar. Son estereotipos muy anclados, que te aplastan.

¿Por qué y cómo decides emprender ese proceso de deconstrucción para abrazar tus raíces negras, a pesar de esa presión social tan fuerte que nos describes?

Hace tres años conocí una red de mujeres emprendedoras afro, AFRONET. Es ahí donde comenzó un choque cultural increíble. Empezó el acercamiento hacia mis raíces negras al ver todas estas mujeres afro empoderadas, llenas de energía, con sus cabellos afro hermosos. Me llené de fuerza y valentía. Empecé a asistir a diplomados y conversatorios sobre temas afro, organizados por la Red de Mujeres Afrocolombianas Kambirí y la Corporación Afrocolombiana de Desarrollo Social y Cultural, Carabantú.

Fue también en ese momento que me reconecté con la Vereda de San Andrés, al ser consciente de que formo parte de este territorio y de su historia. En esa época, decidí apoderarme de mi cabello. Corté las pocas puntas lisas que tenía, empecé a trenzarlo, aprendí a manejarlo, a jugar con los crespos, a usar telas africanas. Sufrí una deconstrucción de lo que yo era antes. Y fue algo bello y poderoso. El hecho que te digan siempre de manera negativa “negra”, es un peso que se carga todo el tiempo, pero cuando te encuentras con tus raíces, se suelta ese peso y se puede responder con firmeza: “Sí, soy negra, sí, soy afro, este es mi cabello, esta es mi piel y me amo porque yo soy así y quiero ser así”. Frente a mi transición he tenido respuestas muy positivas en mi círculo y en la sociedad en general. Me escriben mucho, me apoyan. Y si me hacen una crítica sobre mi cabello, contesto en tono informativo o explicativo. Trato de entrar en diálogo, les pregunto: “¿Bueno, por qué te parece malo mi cabello? ¿Por qué no te gusta el pelo crespo?”.

Según el Observatorio de feminicidios, Antioquia es el departamento con más feminicidios en Colombia. ¿Cómo vives esa interseccionalidad de opresiones raciales y sexistas?

Como muchas mujeres, en algún momento fui una mujer violentada por mi antigua pareja. No me daba cuenta de lo que estaba pasando. Siempre me decían que de cierta forma yo era “la mala”. Todavía la figura masculina sigue siendo intocable. Mi despertar hacia las raíces afro se acompañó también de un cuestionamiento hacia la violencia cotidiana contra las mujeres. Por ejemplo, con solo salir a la esquina, ya está el tipo que va diciéndoles cosas atrevidas y crueles a las mujeres. No son piropos, es acoso. Y eso se ha normalizado tanto que muchas y muchos piensan que es natural.

También me he sentido agredida por ser “mujer” y además “negra”. En Girardota hay un servicio local de transporte de moto que hace domicilios o que transporta a personas. Alguna vez iba caminando y escuché: “¿Hey, negra, necesita moto?”. Yo respon-

dí: “No necesito moto y tengo un nombre. No me llamo negra”. No entiendo por qué siempre agreden a las personas por ese color de piel. Nunca he escuchado que interpiden a alguien de “blanquita, amarillita o mestiza”. Aunque yo no se lo dije de mala manera al conductor, se enojó inmediatamente. En realidad, los hombres no están acostumbrados a que las mujeres les respondan. Y me dijo: “Por eso es que las matan y les dan pelotas”. Enseguida sentí como se desplegó la violencia racista y se entrecruzó con el tema de género. Fue algo solo verbal, pero me sentí muy vulnerable.

Desde tu participación en diferentes colectivos feministas, ¿sientes que hay una política clara en Girardota para que cese el maltrato hacia las mujeres?

En Girardota, estos temas apenas se vienen dando a conocer sobre todo por parte de colectivos y organizaciones. Pienso que desde la alcaldía y las diferentes secretarías se podría trabajar más arduamente en programas para las mujeres que eduquen en temas de género a la comunidad en general. Hay violencia de género y feminicidios, pero muy pocas veces son reconocidos como tal. Por ejemplo, no existe una Casa de la Mujer o una Casa de paso para las mujeres violentadas. Entonces cuando una mujer acude a la comisaría de familia por maltrato, al salir debe volver a la casa donde está el agresor. Eso me parece terrible. Siento también que es muy importante sensibilizar a los hombres en estos temas, que sean conscientes de la gravedad de sus actos. Si ellos no cambian, la violencia hacia las mujeres no va terminar.

¿Cómo definirías esa transformación y concientización que has logrado?

Auto-definirme como mujer y afro ha sido una experiencia de transformación fundamental en mi vida. Un proceso hermoso y a la vez difícil. A veces me preguntaba si iba a ser capaz. Con respecto al racismo y al machismo, hay muchos estereotipos implantados en el imaginario de esta sociedad que debemos deconstruir y desaprender desde la raíz. Las mujeres afro somos quizá las más expuestas a estas violencias porque pertenecemos a dos categorías sociales históricamente inferiorizadas: al “género femenino” y a “la raza negra”. ■